

producido por el propio autor, tratando de reflejar el día a día de un poblado de colonización, su memoria cotidiana.

Por último, el libro colectivo se cierra con un capítulo, escrito por Santiago Jaén Milla, sobre los itinerarios didácticos para conocer la obra de colonización en la provincia, donde seguro que todos podríamos aprender algo. Parece acertada la afirmación que se realiza sobre que los *poblados de colonización suponen un patrimonio que nos aporta conocimiento sobre un periodo histórico* (p. 210). Esta visión patrimonial del legado colonizador debería ser uno de los ejes de trabajo futuro. Seguramente esta óptica contribuirá a generar nuevos puntos de vista sobre el tema: el valor patrimonial de la colonización.

Como conclusión, esta obra tiene el mérito de examinar el fenómeno colonizador en la edad contemporánea a distintas escalas geográficas, desde la provincial a la lo-

cal, utilizando diferentes fuentes y métodos de estudio, a partir de investigaciones precedentes de varias áreas científicas (geografía, historia, derecho, antropología o didáctica de las ciencias), que suman aquí sus diferentes perspectivas de análisis. Además, la obra tiene una edición muy cuidada y reproduce materiales gráficos significativos que ayudan a comprender la obra de colonización en su contexto espacial.

En definitiva, una obra que sugiere que, después de más de cuarenta años de investigación sobre la colonización después del franquismo, todavía se puede seguir escribiendo sobre la temática. En esta reseña también se han querido apuntar algunas orientaciones de trabajo para el futuro.

Ángel Paniagua

Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

DOI 10.26882/histagrar.076r14p

Óscar Martín Estallo

### **Las pardinas del río Asabón: Crónicas de un mundo olvidado**

Huesca, Diputación Provincial de Huesca, 2017, 216 pp.

**L**as *pardinas del río Asabón* es un libro que editó la Diputación Provincial de Huesca en el 2017, como resultado de haber obtenido el autor el Premio «Félix de Azara» que otorga dicha institución. Con este título, Óscar Martín Estallo (ingeniero agrónomo de formación y naturalista de vocación, nacido en Huesca en 1975), nos introduce en el mundo de un elemento de la arquitectura popular y pieza muy interesante de un sistema de organi-

zación agropastoril altoaragonesa, poco conocido y ante todo «olvidado», que recibe el nombre de *pardina*.

La *Pardina*, si nos atenemos a lo que dice la Real Academia de la Lengua, es un término aragonés proveniente del latín *parietina*, que puede significar tanto «paredes ruinosas» como «monte bajo de pasto, donde suele haber corrales para el ganado lanar». Al margen de estas definiciones, interesa resaltar qué se entiende por *pardina*

popularmente en el prepirineo aragonés, donde hace alusión a una finca de gran extensión, con casa y corrales, así como a una explotación agroganadera llevada a cabo por los *pardineros*, arrendadores de estas fincas con su familia.

El río Asabón, por su parte, abarca un amplio espacio que se extiende entre los términos municipales de Longás, Bailo (que comprende Bailo, Arrés, Larués, Paternoy, Arbués y Alastruey) y Las Peñas de Riglos (que comprende Riglos, Ena, Centenero, Rasal, Salinas de Jaca, Santa María de la Peña, Triste, Yeste y Villalangua), es decir, en la parte occidental del prepirineo aragonés. Las aguas de este río vierten directamente en el pantano de la Peña.

El libro tiene seis apartados, además de la introducción (pp.17-23). En ella ya se vislumbra que estamos ante un texto que no solo derrocha información y un trabajo de archivo exhaustivo, sino que emana pasión por su tierra, su pasado y sus costumbres. Citando al autor: *Adentrándome por un bosque prepirenaico y descubrir en su interior un gran caserón en ruinas, rodeado de vestigios y huellas que siglos de trabajo humano dejaron sobre el terreno, fue acicate suficiente para despertar mi curiosidad sobre las pardinas* (p.17). Es fácil adivinarlo con una mochila al hombro y buen *calcero* como se dice en Aragón, subiendo los montes y andando por los caminos, con una cámara fotográfica y un bloc de notas para apuntar todo aquello que le resultara relevante.

El objetivo del autor es descubrir qué hay detrás de ellas, su historia y, ante todo, sus gentes. Pero tiene una dimensión mo-

ralizante también, y es que la lectura de este libro le gustaría a Óscar Martín que sirviera para hacer reflexionar y ayudar a comprender mejor una época en que los vientos del cambio se llevaron por delante todo un mundo hasta hace poco existente. Y se refiere ante todo a la industrialización y el éxodo rural, emprendido en los años cincuenta del siglo XX por las gentes de las montañas hacia las ciudades, que tuvieron como consecuencia que el abandono, primero, y las ruinas, después, salpicaran el paisaje de piedras derrumbadas, de casas vacías y de naturaleza agreste deshumanizada.

Ahora bien, hay una invitación a rescatar la memoria de lo que fue y de los que habitaron estas tierras. La historia de ese pasado relativamente cercano, cuando se trae al presente, debe ayudar a generar identidad y autoestima por lo propio, por lo cercano, por lo que en definitiva da sentido a la vida. Los informantes orales a los cuales ha recurrido para llenar el libro de experiencias vitales, gran parte de ellos ancianos, enumeran su genealogía, sus dichas y desdichas, sus esfuerzos por mantener con poco sus extensas familias sin dejar de contribuir con grano o ganado al propietario de las fincas.

El autor hace un recorrido histórico para determinar en qué momento se empezaron a construir este tipo singular de edificaciones. Aventura que podría situarse en el antiguo hábitat disperso romano a base de *villae* o latifundios más o menos grandes que comprendían una extensión de espacio agrícola y piscícola. Ahora bien, sí que se puede confirmar que fue en la

época de la Reconquista cuando estos asentamientos se fueron configurando con los pobladores que se iban ubicando en aldeas, villas y pardinas a medida que la expansión hacia el sur del territorio fue posible.

El libro dedica una atención especial a los propietarios de estos terrenos y casas, con el objetivo de hacer comprender cómo vivían las gentes que habitaban estas zonas del prepirineo occidental. Con el paso del tiempo fueron pasando por diferentes manos, pero durante el Antiguo Régimen fueron dos los que copaban la mayor parte de ellos: por un lado, el monasterio de San Juan de la Peña, que tan importante papel jugó históricamente en el devenir de la configuración social, económica, política y cultural de esta zona de la montaña altoaragonesa; por otro, los marqueses de Ayerbe, con extensísimas propiedades, que cobraban a los *pardineros*, muchas veces en especie (en grano o animales).

El declive de las pardinas, tal y como se conocían hasta entonces, empieza con las desamortizaciones civiles y eclesiásticas, siendo la más conocida la de Mendizábal (ministro de Hacienda y presidente del gobierno de la regente María Cristina de Borbón) promulgada el 19 de febrero de 1836. A partir de aquí, los grandes propietarios pierden sus poderíos y dominios, y las tierras y bienes pasan a ser propiedad, no de los pequeños agricultores y ganaderos, sino de la incipiente burguesía y los terratenientes que fueron adquiriendo grandes lotes. Como dijo Joaquín Costa, y que el autor menciona, *estas Desamortizaciones fueron parte de introducción del capitalismo*

*en el campo español* (p. 39) en este caso aragonés, y no supusieron que la propiedad pasara a manos de los campesinos, sino que pasaron a ser propiedad de grandes terratenientes.

El fin de ese declive, el ocaso, llegó a mediados del siglo XX. Simplificando mucho, ya que a ello se dedican muchas páginas del libro, fue el proceso de industrialización y la falta de infraestructuras y servicios en el medio rural lo que propició que se fueran poco a poco despoblando estos pequeños lugares. Aragón es, hoy en día, el territorio de España con mayor número de pueblos abandonados. Cuando se pasea por estos montes se adivina lo que debieron ser estos lugares con actividad económica y con las personas que los habitaban; pero son vestigios de un pasado que ya no volverá.

Muchas de estas pardinas son propiedad del Patrimonio Forestal del Estado, que emprendió, desde 1941, una inmensa labor de repoblación forestal, perdiendo, por tanto, gran parte de los extensos pastos que existían. Otras han pasado a manos privadas, que las explotan como territorios acotados de caza. En el libro se relata de una manera excelente la forma de vida que desarrollaron las gentes de estos lugares. Se puede imaginar las condiciones extremas en las que tenían que subsistir, con escasos recursos, viviendo de forma bastante aislada y al albur de las condiciones climáticas y los caprichos de la naturaleza, que podían malograr las cosechas o diezmar al ganado. Muchos de ellos tenían muchas bocas que alimentar y carecían de una asistencia sanitaria mínima para atender en los partos o

en las enfermedades. No es extraño que los hijos e hijas de estas familias emigraran a otros lugares.

En el segundo bloque del libro, se describen una a una las 20 pardinias que se dispersan a lo largo del río Asabón: Javarraz, Pequera, Nueveciercos, Salafuentes, Montañano, Sierra Alta, Nofuentes y Corralón, Chaz, Ferrera, Gabás, Cercito, Rompesacos, Villamuerta, Esporret, Mesón del Cajigar, Bergosal, Lagé, Visús, Samper Alto y Samper de Asabón. Es sorprendente el ingente trabajo de campo que ha tenido que llevar a cabo el autor. La descripción de los sucesivos habitantes de estas pardinias (con los nombres y apellidos de las sucesivas generaciones o de sus sustitutos cuando los anteriores debían irse) tiene una parte etnográfica muy descriptiva, elaborada a base de entrevistas a los que han sobrevivido, además de un importante trabajo archivístico, así como también con fuentes secundarias que ayudan a completar esta investigación exhaustiva.

Se puede aventurar que queda muchísimo material por explotar que, con seguridad, puede dar lugar a futuras publicaciones. El autor no deja traslucir las voces de aquellos a los cuales ha entrevistado de una manera generalizada. Así pues, la parte relativa a las historias de vida de esos habitantes se oye poco en el texto. El lector se queda con ganas de saber más de esas vidas, a veces poco significativas desde el punto de vista de la historiografía clásica, pero que muestran la auténtica historia de la humanidad.

El amor por su tierra, que ya se aprecia en el principio del libro y que ya se ha ma-

nifestado aquí, lleva al autor a terminarlo con una cierta nostalgia. Aunque él la niega, apunta con pesar que hay que cambiar el proceso de aculturación en el que vivimos, llevados por la marcha imparable hacia la globalización y la urbanización a escala planetaria. Tal vez no le falte razón. No hay que renegar de las raíces ni olvidarlas, dice, porque forman parte de la identidad colectiva de un pueblo. Por ello, saber más del pasado y poderlo rescatar para alimentar el presente es el objetivo final de este libro, que poco a poco, en cada renglón, en cada párrafo y en cada página, el autor ha querido transmitir.

**Carmen Gallego Ranedo**

Universidad de Zaragoza  
DOI 10.26882/histagar.076r15g